

# Brucbeck

GUILLERMO BUSUTIL

Miles Davies, Gillespie, Roy Eldridge, Don Ellis, Chet Baker, son algunas de las trompetas que me raptan del tiempo exterior y me adentran, siempre por la puerta de atrás, en el ritmo interior del corazón. Sin embargo en otoño, cuando las luces se derrotan en el horizonte, prefiero seguir siéndole fiel a la trompeta de Dewey Jackson. El free boy of colour del Tremé de Nueva Orleans que empezó a los siete años, en el Pete Lala's Café manteniéndole el brillo melancólico al instrumento de Freddie Keppard. Un curioso comienzo, el de elegir a un solista sin porvenir de estrella del jazz y llegar a ser uno de los mejores secundarios con alma de sangre vieja en la trompeta.

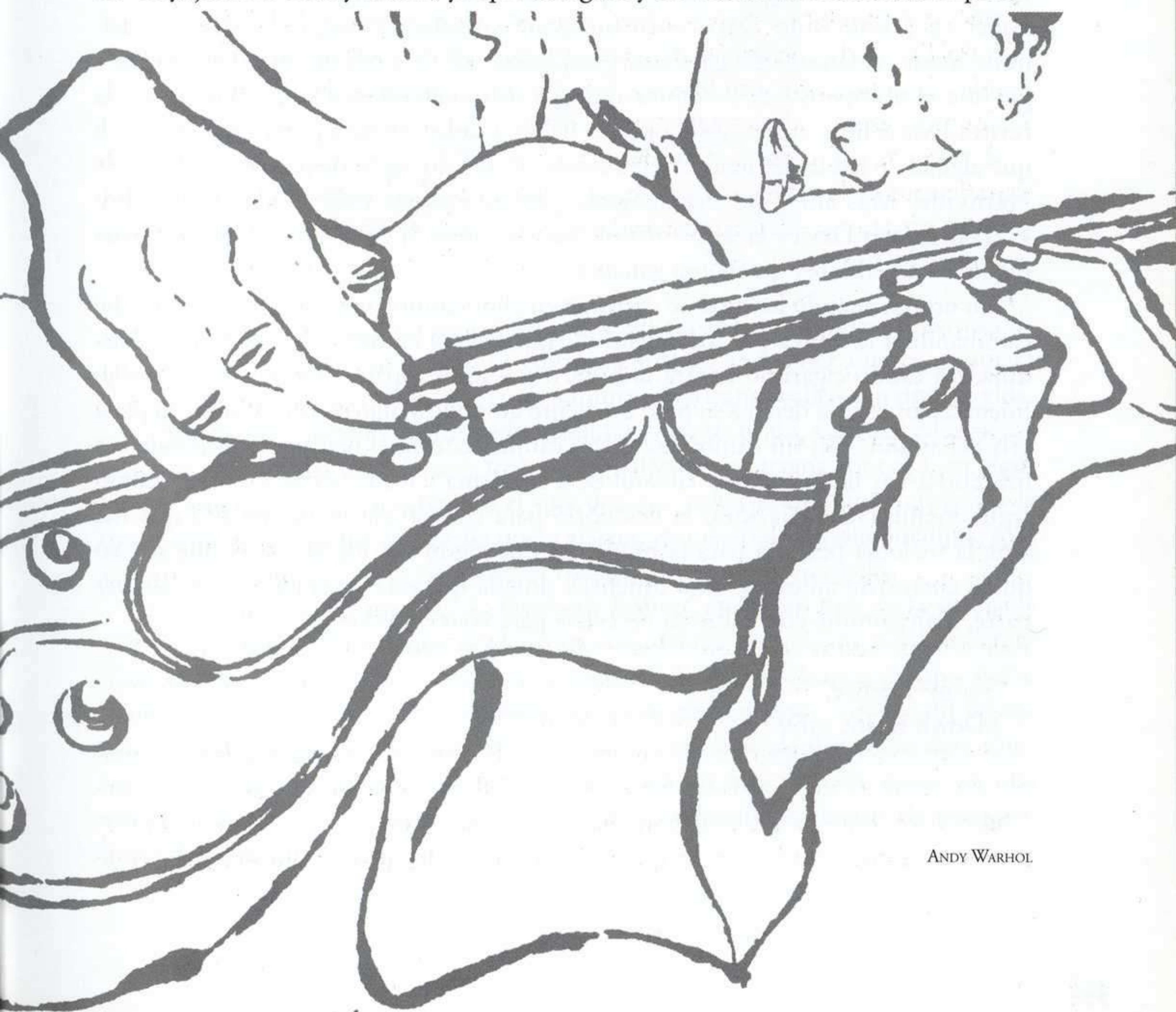
Nadie como Dewey Jackson ha personalizado en el jazz la fuga musical, ese extraño camino hacia el interior mediante una melodía que explora la soledad creativa de todos los tonos. Que te permite fugarte a otro tiempo de ti mismo, sin tener que utilizar la mentira o la impostura. Ese talento para sentir la música y su interpretación del blues soñador, del swing con el que parecía invocar a los espíritus, se fueron cohesionando, enriqueciendo, durante los años en los que Dewey Jackson anduvo con la orquesta de Sam Wooding, tocando con la banda de Early Roland, esquinando siempre su posición entre los compañeros, con su aspecto de elegancia flaca, la mirada ágil del libre negro furtivo que solía mirar primero al público, vigilar los rostros que solamente él sabía que elegía y por qué. Entonces enfrentaba la trompeta suavemente, la dejaba acomodarse al ritmo, al drive que él le imponía sin forzar la evolución. Blue Party, Luther Boy, Blue Jefferson Blue, son algunos de los temas que este secundario expresionista convirtió en clásicos que le permitieron relacionarse con Gillespie, Lester Young, Edridge y otros músicos como el pianista Ralph Burns. Todos ellos coincidieron en su definición de Jackson como un tipo excéntrico, que apenas mostraba rasgos afectivos hacia los demás y que parecía reconciliarse con la vida a través de la música.

Sin embargo la persona más importante en la evolución de Jackson fue, de inesperada y efímera manera, la cantante Ida Cox. Ella lo había visto tocar en el Tiffany Club y hacía tiempo que escuchaba hablar bien de aquel trompetista de largo suspiro, de rotunda raíz libre y de quien decían que solía afirmar que él aprendía de



todo el mundo, de unos lo que debía hacer y de los otros, lo que no debía hacer. Durante una jam sessions en la casa de Charlie Shaves, Ida Cox decidió finalmente que fuese Dewey Jackson quien la acompañase junto a Mari Lou Williams al piano, con motivo de un concierto en Detroit. Esa noche, en la que estrenaba una brucebeck dorada que la cantante le había regalado, fue la noche en la que Dewey Jackson sorprendió al público y a las dos estrellas del jazz, con la creación de When Sue wears red. Cuando el monólogo del piano le brindó la penumbra perfecta, inició su interpretación. Había luna llena entre su trompeta y aquella música profunda, misteriosa, obscena, que parecía desnudar la piel hasta dominar su intimidad y descubrirle emociones. Ida Cox engarzó su voz a la melodía con el célebre final de «quién no teme perder lo que ama».

Las leyendas, con las que el jazz se alimenta a sí mismo, dicen que un mes después de grabar con Ida Cox y Mari Lou Williams en la sede de Capitol Records, Dewey Jackson desapareció en un cadillac, dirección Memphis. En cualquier caso de esa época oscura sobre su errante itinerario profesional no se conocen demasiados datos verosímiles, exceptuando la grabación de su último tema conocido, Winter City, junto a Sonny Miller, ya que su figura y su vida se ven rodeadas de perío-



ANDY WARHOL

Andy Warhol



dos vacíos y versiones confusas. Unas afirman que el trompetista alternó temporadas de adicción al alcohol, otras aseguraban haberle visto tocar en la esquina con Delmar y Taylor de Saint Louis, con el aspecto de un vagabundo empapado de mortecinos paisajes. Pero también existen informaciones acerca de sus esporádicas pero brillantes actuaciones en jam sessions con Eldridge, Lucky Thompson y otras figuras del bebop. Lo cierto es que Dewey Jackson mantuvo su aureola de faker, malabarista con el wa-wa y esa forma suya de fugarse de la vida con la música. Del final de esa misma etapa, cerrada con su muerte en una calle de Chicago, a causa de un infarto, nace la historia secundaria de este bohemio trompetista secundario. Una historia posiblemente falsa, pero que sin embargo todos los implicados en ella contribuyeron a vivificar la bella ambigüedad de su misterio. El que propagó el relato que hizo Don Ellis, al contar en una entrevista, después de su concierto en el Shrivine Auditorium de Los Ángeles, que uno de sus temas lo había interpretado con la dorada bruceck de Dewey Jackson, la cual tendría que pasarle al siguiente trompetista de una lista que Jackson llevaba en el bolsillo de la chaqueta, la misma noche en la que la muerte le cerró la música de su huida. La prensa de esos años gustó de hilvanar la historia, jugando con la complicidad de otros trompetistas como Chet Baker y el mismo Miles Davis, entre otros que contribuyeron a propagarla. De cualquier modo, el famoso día en el que Chet Baker sedujo a todos con el famoso Let's get lost, el trompetista de los labios amargos afirmó en una entrevista posterior, a la revista Down Beat, que aquella pieza la había tocado con una cicatrizada bruceck que alguien le había destinado, dejándosela en su habitación de paso en un hotel de Nashville. Más adelante, interrogado por su azarosa vida, Baker respondió: «...como decía Dewey Jackson, cuando juegas contra la vida, aunque tengas buena mano, es difícil saber quién está ganando».

En otoño, cuando las luces se derrotan en el horizonte, me gusta recibir la noche caminando a la deriva por los barrios outsiders de la ciudad. Me basta una gabardina, un cálido cigarrillo contra la brisa fría y unos zapatos que no dejen huella, mientras los coches dejan a su paso un viento amarillo y algo de ceniza sobre la plata gris del asfalto. Así, sin rumbo concreto, camino contra el tiempo, escuchando esa misteriosa voz de la ciudad, hablándose a sí misma y a sus fantasmas. Tal y como seguramente Dewey Jackson la descubrió para convertirla en esa música que me abre la melodía perfecta para la huida. La que algún día lograré, si es que soy yo quién encuentra antes esa vieja bruceck dorada que está esperando, en cualquier parte, a un hombre con la fuerza necesaria para vivir otras vidas.

Sonny Terence.

«Down Beat», 1969